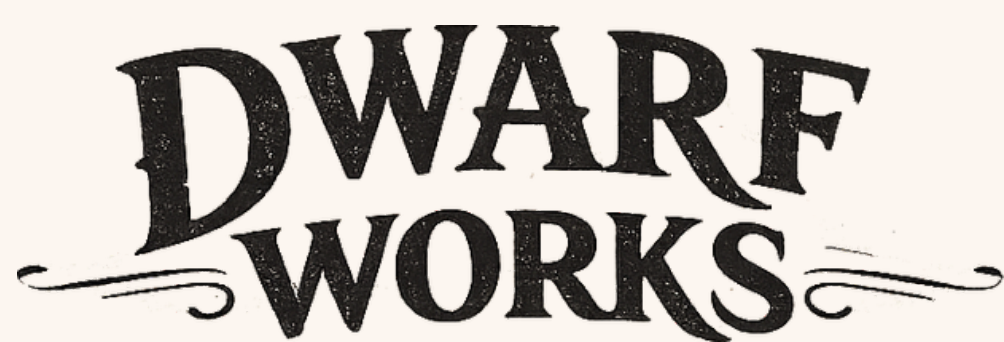


los cuentos libres de

PUERTO PASTORES

DWARF
WORKS

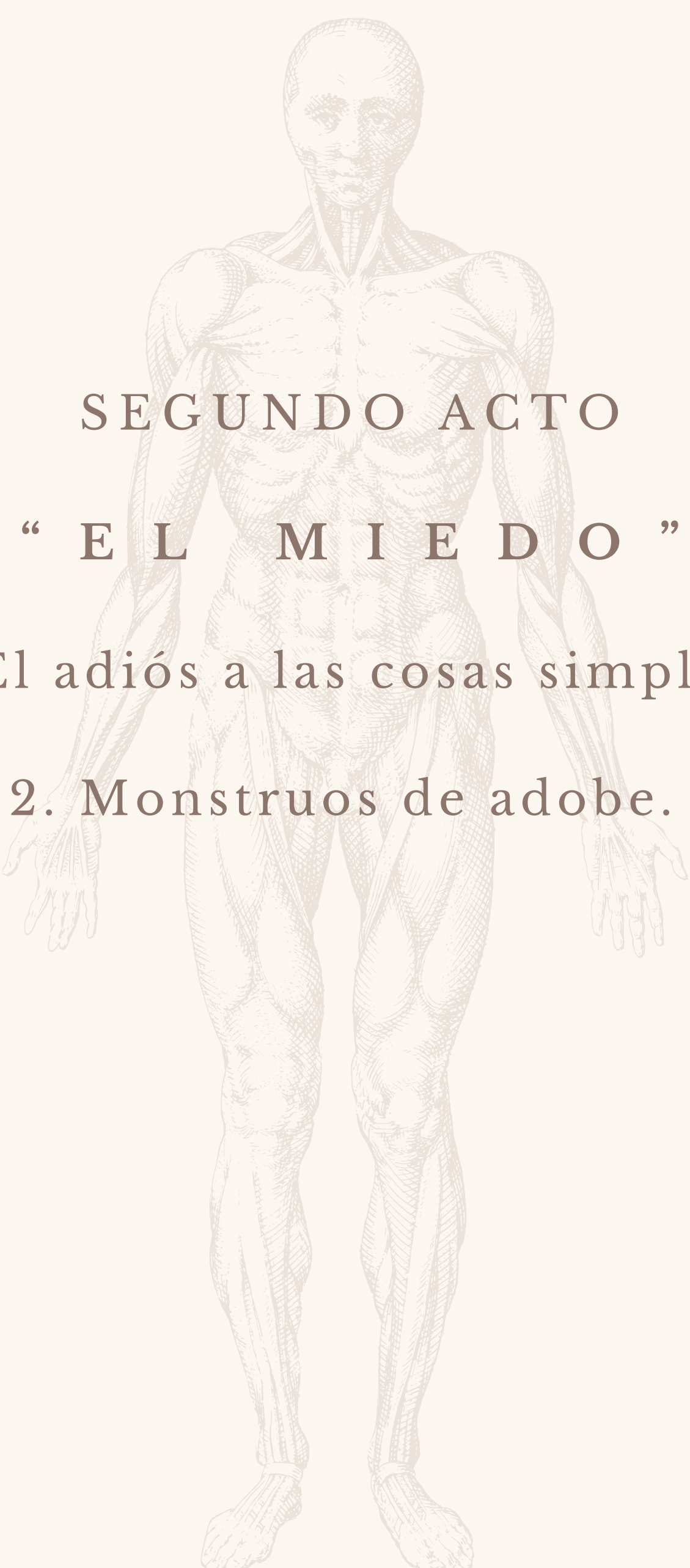
B E N I T O D E L A C R U Z



SEPTIEMBRE 2025

MAQUETA

EN EDICIÓN



SEGUNDO ACTO

“ E L M I E D O ”

1. El adiós a las cosas simples.
2. Monstruos de adobe.



I.

EL ADIOS A LAS COSAS SIMPLES

*“Después de los cuarenta años la
verdadera cara la tenemos en la nuca,
mirando desesperadamente para
atrás.”*

— Julio Cortázar

Se despertó en la madrugada, cuando el calor reseco de finales de agosto aún se aferraba a las paredes calcinadas de lo que quedaba de un restaurante abandonado en la salida a Ciudad Juárez. El sitio, ennegrecido por el fuego, llevaba más de doce años muerto: un comando de sicarios había entrado buscando al dueño, y tras no hallarlo, rociaron gasolina y lo incendiaron con furia. Desde entonces, las ruinas se convirtieron en guarida de ratas, cucarachas y fantasmas. Allí dormían ellos. Afuera, el paisaje de urbe desértica respiraba con dificultad: ni viento ni frescura, solo un aire espeso y árido que parecía morder la piel. A su lado, el ciego roncaba con un sonido áspero, como si tragara piedras de adobe.

Al abrir los ojos, la rodeaba la inmundicia. Ratones husmeaban entre las paredes, insectos trepaban sobre las mesas carbonizadas, y todo olía a moho y a ceniza vieja. Las colchonetas donde dormían estaban húmedas, manchadas, oliendo a viejo, a secreciones y a abandono. El olor era denso, una mezcla de podredumbre y tiempo detenido, y parecía meterse en los poros como una condena.

Ella, incapaz de seguir dormida, revolvió con ansias una bolsa de plástico que mantenía celosamente bajo la colchoneta.

De ella sacó un vestido de terciopelo rojo. Lo acarició con reverencia, con un respeto casi religioso, como si en esos pliegues ardiera todavía una chispa de vida. Como si fuera el pelaje fino de un hermoso animal salvaje. Entre las telas guardaba recortes de periódicos amarillentos y frágiles.

Uno de ellos llevaba un titular entusiasta: “Ovacionada tras interpretar a Sue en la obra Las cosas simples”. La nota hablaba de una actriz que recibió rosas al final de la función, de pie frente al público que aplaudía de manera prolongada. En la fotografía impresa, granulada y deslavada, se alcanzaba a distinguir a la mujer inclinada hacia adelante, recogiendo los ramos.

El vestido rojo carmesí parecía encenderse incluso en la mala calidad de la tinta, con sus bordes difuminados, las sombras convertidas en manchas, los rostros del público reducidos a manchas borrosas de ojos y bocas apenas sugeridas. Ella se quedó observando esa imagen mucho tiempo, como si se contemplara a sí misma en un espejo roto.

Otro recorte, con tipografía más sobria, describía otra función: “Excelente presentación de Los negros pájaros del adiós”. El crítico destacaba la fuerza de la obra, su tono oscuro, el desgaste de la memoria, la imposibilidad de aferrarse a lo que se va. No había foto en esa nota, solo palabras que parecían dictadas por la penumbra.

Guardó los recortes con cuidado y tomó el otro objeto que custodiaba en su bolsa: un paquete de medias negras, aún selladas en celofán. No eran suyas. Pertenecían a una compañera del puente, muerta hacía años. Esa noche, en pleno crudo invierno, ambas se refugiaron bajo el concreto, encendiendo basura en un bote metálico para engañar al frío que mordía hasta los huesos. Se abrazaron, al principio como dos animales temblorosos; después, con una intimidad ambigua que ella nunca supo si fue real o un sueño.

Tal vez se habían besado, sintió que su amiga la tomaba de los pechos y con su lengua rozaba su cuello, quizá solo lo imaginó medio dormida. O más bien era el recuerdo de su entrañable amiga Natalia, con la que hizo una escena de amor en el teatro. Nunca quiso aclararlo.

Lo que sí recordó con precisión fue cómo despertó esa medianoche, incómoda, sintiendo la tela mojada bajo su cuerpo. Primero pensó que había sido ella, pero al mover a la mujer entendió la verdad: su compañera había muerto. En el último instante, el cuerpo se había rendido y había soltado un chorro tibio de orina que se expandió por el suelo. El olor era penetrante, ácido, y le ardía en la piel, como si le quemara la carne. Esa humedad fue la señal definitiva: la vida se había escapado de su amiga. Se apartó con un estremecimiento y la observó inmóvil, derrotada bajo el puente. Huyó en silencio, dejando atrás el cadáver. El carrito de mercado quedó abandonado entre las pertenencias desperdigadas. Con recelo, ella tomó de él el paquete de medias negras que su compañera siempre había resguardado con obsesión, como si fueran su mayor tesoro. Desde entonces lo guardó como un secreto, sin abrirlo jamás. Hasta ahora.

Volvió a tomar el vestido y lo acarició de nuevo, recordando dónde lo había encontrado: afuera de un teatro clausurado, ya en ruinas. La marquesina, con letras caídas, formaba por azar la palabra ADIÓS. En la vitrina de la entrada sobrevivía un póster descolorido: una mujer de perfil, con vestido rojo, extendía la mano hacia un móvil de pájaros negros de papel suspendidos en el aire. Nunca supo a qué obra pertenecía. El teatro entero parecía un cuerpo abandonado, devorado por humedad, grafitis y polvo. Allí, entre bolsas de basura rotas, halló el terciopelo que ahora guardaba como un relicario.

En la penumbra de la madrugada, dobló las medias y los recortes junto al vestido. Se tocó el cabello, pensando en el broche de rosa roja que usaría al amanecer. Y se quedó mirando la sombra del ciego, convencida de que esos restos —el vestido, las medias, las notas— aún podían salvarla del olvido. Fue entonces cuando se deslizaron del vestido algunos pedazos de periódico que no había visto en mucho tiempo. En estas se hablaba de problemas con las con las drogas, de funciones interrumpidas por olvidos de líneas, de un bochorno mayúsculo en que, drogada, se agarró a golpes con sus compañeros en plena puesta en escena.

La vagabunda los leyó en silencio. Cada palabra le atravesaba la cabeza como si fueran cuchillos de hierro frío entrando en su cráneo. El dolor era punzante, casi real: lo sintió como una presión que abría paso entre hueso y carne, un filo que no se detenía, un martilleo que la hacía cerrar los ojos. Le pareció que los recortes no solo contaban un escándalo ajeno, sino que estaban escritos contra ella misma. Cerró los ojos, pero el filo se quedó allí, hiriéndola en lo más hondo.

La paradoja era cruel: ella, que alguna vez se había vestido para el aplauso de cientos de ojos, ahora caminaba de la mano de un hombre que no podía verla. El ciego era su público perdido, el eco apagado de las ovaciones, la sombra de todos los que dejaron de mirarla. Y sin embargo, era él quien estaba allí, respirando a su lado.

Repetía historias con un entusiasmo incierto, como si cada vez las inventara de nuevo. Decía, por ejemplo, que había quedado ciego en la mina de San Cayetano, cuando una explosión lo encandiló para siempre. Otra noche, cambiaba el relato: que no fue la mina, sino una mujer de ojos claros que lo había mirado demasiado tiempo hasta quemarle las retinas.

En otras ocasiones, contaba que todo se debía a un médico borracho que lo había operado mal, una cirugía torpe que terminó por dejarlo en tinieblas. Cada vez narraba la historia como si fuera la verdadera, y cada vez la modificaba un poco, sembrando la duda incluso en él mismo. Y a veces murmuraba que fue Dios mismo quien le arrebató la vista, un castigo por “querer ver lo que no debía”. Pero la verdad era más simple y ruinoso: era alcohólico, y la diabetes lo había dejado ciego. Desde que perdió la vista se la pasaba tomando, noche tras noche. En las cantinas relataba todas esas versiones de su desgracia, exagerándolas entre tragos y risotadas, hasta que el amanecer lo encontraba dormido sobre la mesa o hasta que lo corrían a empujones a la calle. Ella lo escuchaba en silencio, sin saber nunca cuál versión creer. Tal vez todas, tal vez ninguna. Y aunque él tejiera tantas versiones sobre su ceguera, lo cierto era que el mismo se buscó el daño por nunca atender su padecimiento crónico. El ciego también contaba que antes tenía un perro. “Un perro que se olvidó de ladrar”, decía con un dejo de tristeza. Ese perro se llamaba Toby. Era negro, mezcla de pastor alemán con callejero, muy bravo y muy valiente, pero sobre todo leal y acompañador de las personas.

El animal murió poco después de ese extraño olvido, y él hablaba de su ausencia como de un hueco en la garganta. Desde entonces se aferraba a la mujer como si fuera su lazarillo, aunque nunca lo reconociera así.

Algunas de sus historias parecían conectar con otras vidas. Decía conocer a un hombre que vendía estampitas de santos falsos en Puerto Pastores. “Me vendió a San Cayetano con cara de San Judas”, repetía primero. Pero después, en otra versión, juraba que la imagen de San Cayetano que le habían dado no era la de un santo, sino la de un caballero Jedi con sable de luz, impresa en colores baratos como si fuera lo mismo. “Yo le recé a ese caballero Jedi creyendo que era San Cayetano”, solía quejarse, “y por eso nunca recuperé la vista. Por andar rogándole a un muñeco del espacio.” Lo decía con una mezcla de rabia y resignación, como si toda su desgracia hubiera nacido de esa burla.

Pero lo que no podía ocultar era su cuerpo. Tenía pie diabético, y el hedor a carne podrida lo seguía a todas partes. El olor rancio se mezclaba con el polvo y el sudor, como una prueba constante de que ese hombre se estaba deshaciendo poco a poco.

Ella lo sabía: ese ciego no era solo un acompañante, era también su público convertido en ruina, un público que se estaba pudriendo, olvidando, muriendo lentamente como la memoria de la actriz que alguna vez fue ovacionada.

Y eso hacían cada día: salir a la calle, pararse en las esquinas y en los semáforos. Ella delante de él ofreciendo su hombro como bastón para recorrer las hileras de vehículos, pidiendo monedas con ese público a su lado, un público reducido a un ciego con un pie corrompido, que representaba mejor que nadie el olvido en el que se había hundido su vida.

El amanecer irrumpió sin piedad, como una navaja cortando la piel, infiltrando su luz amarilla por las rendijas del destruido restaurante y revelando toda la inmundicia que la noche había ocultado. Se incorporó con lentitud, los huesos entumidos, y buscó el bote con agua tibia que quedaba junto a la colchoneta. Se enjuagó el rostro con dos manos temblorosas, deseando que esa agua oscura borrara un poco de mugre y de vida sus días. Sacó una vieja cajita de metal abollada donde guardaba sus maquillajes resecos: un polvo hecho polvo, un labial derretido, un rímel endurecido.

Frente a un espejo roto, se maquilló con determinación casi obsesiva, como si se preparara para salir a escena, como si ese corte de vidrio astillado pudiera devolverle su vieja imagen.

El ciego se revolvió en la colchoneta y despertó con un resuello áspero. Su aliento apestaba a alcohol rancio, mezcla de aguardiente barato y saliva seca. Entre dientes empezó a contar lo que había soñado: que llegaba a una casa muy elegante, iluminada por lámparas de cristal, donde un señor de ropas finas lo invitaba a pasar a su mansión. Le ofrecía vino muy fino, canapés, quesos, aceitunas y hasta un puro cubano.

“Y ahí estaba el Benito, mi inseparable amigo que parecía mudo. Pero ya ves, siempre con sus ocurrencias. Me sacó a relucir delante de todos los invitados que yo le había robado los calcetines cuando murió, y que por eso traigo la pata mala. Entonces yo le decía no le haga caso, señor mío don fino y elegante. La verdad es que fue el cabrón de mi yerno quien me dejó así, metiéndole cizaña primero a mi hija y luego a mi señora, hasta que un trago se volvió el único calor de hogar que podía sentir.”

Luego bajó la voz, como si confesara un secreto:

“Después vino la pandemia, y tantas checadas de temperatura con ese láser me robaron los ojos. Y cuando murió mi perro... fue porque al hijo de puta del Gobernador se le ocurrió envenenar a todos los animales con unas supuestas vacunas. Por fortuna encontré a esta chamacona, Lorena, andaba perdida por el teatro abandonado.”

La vagabunda lo escuchaba pensando: “otra vez las historias de este pendejo.” Sacó un pedazo de pan duro y se lo puso en la mano con una mueca:

—Tenga su canapé gourmet, su excelencia. Ella pensaba distinto. Ese día sería especial. Mientras ajustaba el vestido de terciopelo rojo, abrió por fin las medias negras y se colocó el broche de rosa roja en el cabello maltratado, teñido de rubio sobre castaño oscuro. Buscó entre sus cosas un par de zapatos que hicieran juego, pero no encontró nada. Lo único que tenía eran unas botas vaqueras negras, viejas, raspadas por los años y el polvo de las calles. Al manipularlas, del fondo cayó una pequeña bolsa blanca, casi invisible en la oscuridad de aquellas ruinas. La tomó con manos ansiosas, la abrió sin dudar y aspiró todo de un golpe.

El polvo le encendió la garganta y le sacudió la memoria. Fugazmente recordó su gloria de actriz, aquel instante en el Teatro de los Insurgentes, en la Ciudad de México, inaugurado por Cantinflas en Yo, Colón. Allí había sentido por única vez que el mundo entero le pertenecía, que su voz podía doblar la voluntad de los desconocidos. El eco de esos aplausos, lejano y perdido, la estremeció. Sacudió la cabeza, con el corazón acelerado, y volvió a mirar las botas. Aunque la suela estaba rota y el cuero duro le raspaba la piel de los pies, se las puso igual. Con cada paso el dolor se filtraba hasta el hueso, pero no importaba.

Así, con el vestido de terciopelo rojo, las medias negras, el broche de rosa en el cabello castaño claro y esas botas destrozadas, se veía extravagante, ridícula quizá. El vestido ya no realzaba nada: el abdomen abultado sobresalía bajo la tela, las curvas habían desaparecido, el cuerpo estaba deforme, irreconocible.

Pero en su mente era como si estuviera a punto de salir a un escenario.

“Hoy va a ser un excelente día”, se repetía para sí. “Hoy va a pasar algo. Hoy voy a trascender. Hoy voy a salir de esta inmundicia.”

Lo pensaba con una fe casi infantil, con una terquedad que desafiaba el hedor del pie diabético del ciego, la humedad de las colchonetas, el murmullo de las ratas en los rincones. Todo lo que la rodeaba se deshacía, pero ella estaba convencida de que el día le traería una revelación, una salida, un milagro propio.

Salieron juntos, como cada mañana, pero esa vez ella llevaba en los ojos un brillo extraño, como si el sol le hablara en un idioma secreto. El sol caía despiadado sobre la avenida, rostizándolos en vida. El vestido de terciopelo rojo, las medias negras y el broche de rosa parecían un disfraz grotesco en ese escenario polvoriento. Su piel era clara, demasiado frágil para el sol ardiente, y su cabello, que alguna vez fue castaño oscuro, ahora estaba teñido de rubio a medias, con raíces negras y mechones quemados que caían desalineados, oscuros y claros al mismo tiempo, como si su cabeza también estuviera partida entre la miseria y el recuerdo. Pero ese día fue distinto. Por primera vez, ella no bajaba la mirada al suelo, como si buscara allí las sobras de su dignidad. No. Levantó la cara y miró al frente, con los ojos fijos y encendidos, orgullosa de quien era, orgullosa del vestido rojo que portaba como si fuera una armadura contra el olvido.

Caminaba entre la tierra y el humo con el porte de quien pisa un escenario, aunque su escenario fueran las calles calientes y crueles de la ciudad. El ciego no pudo más y se dejó caer en la banqueta, gimiendo con un dolor que le atravesaba todo el cuerpo. Se quitó el zapato y el hedor inundó el aire: su pie diabético era un campo de ruina. La piel estaba abierta en llagas profundas, ennegrecida, y entre las grietas húmedas se movían gusanos pequeños, brillantes, que parecían devorar su carne. La sangre rezumaba mezclada con pus, tiñendo de rojo el pavimento. Algunos transeúntes lo miraron de reojo con asco. Otros rieron, burlándose de la mujer extravagante que, con su vestido de terciopelo y sus botas raspadas, parecía actuar una obra ridícula frente a un público que nunca aplaudía.

De pronto, un grupo de hombres de la construcción que pasaban con sus cascos colgando la señalaron con los dedos. La reconocieron y gritaron entre risas:

—¡Mira, es Carolina, la puta!

—¡La que por doscientos cincuenta pesos o un poco de perico te la mamaba ahí atrás del taller!

—¡La de la mota, a mí me dijo que se llamaba Mónica, la que se dejaba cojer por un toque de la panteonera!

Las carcajadas reventaron como piedras contra su cuerpo. Ella sostuvo la mirada al frente, sin bajar la cabeza esta vez. Sabía que el teatro lleno ya no existía, que los aplausos habían sido reemplazados por insultos, pero también sabía que esa era la última función que le quedaba: mantenerse erguida, con el terciopelo pegado al cuerpo y la rosa en el cabello.

El bote de plástico donde recogían monedas sonaba vacío. Apenas unas cuantas caían, un tintineo débil que no llenaba nada, que no rescataba a nadie. El calor era insoportable, un horno que los quemaba vivos en medio del tráfico. El vestido se pegaba a su piel húmeda, y el aire ardía como brasa en cada respiro.

Fue entonces cuando, mirando el sol que se alzaba sobre ellos como un reflector, recordó un fragmento de Los negros pájaros del adiós. La línea le brotó de los labios como un eco perdido:

“Pero usted y yo, inventor de los pájaros negros del mar, somos cómplices.”

Lo recitó en voz baja, como si la estuviera diciendo sobre un escenario real, bajo la luz hiriente del sol. Y al pronunciarla, comprendió con horror que su único cómplice ahora era ese público podrido y moribundo a su lado.

Ella bajó la mirada hacia el ciego, tirado, con el pie deshecho, rodeado de indiferencia. Y supo que ese público era el mismo que la había olvidado, podrido en su memoria, muerto en su silencio.

—Me volví a equivocar —murmuró—. Hoy fue un día igual que ayer y que ayer y que ayer y que siempre.

El semáforo cambió otra vez de verde a rojo. Y mientras caía la noche sobre la ciudad desértica, el reflejo rojo del semáforo se quedó atrapado en los ojos de la exactriz, como si fueran los últimos focos de un teatro apagado. Y en ese silencio ardiente, la calle la nombraba. Ya no la aclamaba un teatro lleno. Era la calle maldiciéndola y olvidándola para siempre.



II.

MONSTRUOS DE ADOBE

“Hay menos tiempo que lugar, no obstante, hay lugares que duran un minuto y para cierto tiempo no hay lugar.”

— Mario Benedetti

En el piso frío de la cocina yacía una cucaracha aplastada, las antenas rotas como ramas quebradas, inútiles, pegadas al azulejo. El caparazón, quebrado en líneas irregulares, dejaba escapar un brillo aceitoso bajo la luz amarillenta del foco, mientras de sus entrañas brotaba una sustancia oscura y espesa que se embarraba en el piso formando un charco viscoso. Una de sus patas, todavía terca, temblaba con un movimiento breve, convulso, como si se negara a aceptar el final. A unos pasos de distancia, alguien observaba en silencio, hipnotizado por aquella desgracia diminuta que, en su crudeza, parecía el reflejo grotesco de una vida humana rota. Afuera no había ruido; solo dentro de la casa flotaba la melodía del Lago de los cisnes, los violines ascendiendo con una gracia dolorosa, como si intentaran elevar también aquel cuerpo despreciado.

El contraste era absurdo: en el aire, la pureza de Tchaikovsky; en el suelo, la crudeza de un insecto convertido en despojo. La cocina, con su olor a humedad y su goteo insistente en la tarja, se volvía un escenario donde la belleza y la podredumbre se rozaban sin pudor. Y entonces, la música se quebró de golpe. La televisión, olvidada en la esquina, alzó su voz áspera:

Una mujer de mirada dura, con la ropa aún marcada por la cárcel, hablaba sin titubeos frente a las cámaras. Decía que no se arrepentía de haberlo matado, que aquel hombre —su marido, el padre de sus hijas— era el verdadero monstruo, y no el nieto deformado que la gente señalaba en el pueblo de Adobes. Con la voz firme, relataba cómo lo había enfrentado, cuchillo contra cuchillo, golpe contra golpe, hasta que ella misma tomó su arma y disparó.

El observador, con los ojos fijos en la pantalla, volvió a mirar la cucaracha. El temblor de la pata era ya apenas un espasmo seco. Y en ese instante, lo comprendió: el monstruo nunca había estado en el niño. El monstruo estaba en la sangre que lo engendró, en los silencios cómplices, en la miseria que devoraba a todos, como cucarachas bajo el zapato del destino.

Las noches de Adobes tenían su propio ritual. En las casas de lámina y adobe, las señoras se reunían a jugar lotería bajo la luz amarillenta de un foco, mientras afuera ladraban los perros. No había otra diversión. Apostaban la despensa de la semana: frijol, arroz, un litro de aceite. Lo poco que tenían se jugaba en un cartón manchado de grasa y en las voces que cantaban: “La calavera, el borracho, el diablo...”

Entre carta y carta, una comadre le dijo a la otra:

—Oye, ¿ya supiste del niño de tu vecina?

—Sí —respondió la otra, con la voz baja—. Es un niño que llora como si fuera un gato... un gato negro que viene del infierno.

Ambas se miraron, y en un mismo gesto rápido se persignaron, como espantando la desgracia. Después siguieron el juego, pero la sombra del rumor quedó flotando entre las fichas de frijol y las risas nerviosas.

El rumor corrió como pólvora: había nacido un niño con deformidades, fruto del pecado. Decían que no era hijo, sino nieto, y que por eso había venido al mundo marcado como monstruo. Yo lo examiné en la consulta de Niño Sano: bajo peso, talla reducida, nada fuera de lo esperado en un pueblo olvidado como Adobes.

Lo único que me estremeció fue su llanto. Era un sonido agudo, quebrado, con un timbre extraño que recordaba al maullido de un gato en celo. Lo escuché varias veces y confirmé mi sospecha: podía ser el síndrome cri du chat, una enfermedad genética rara. Por eso lo referí a pediatría en el hospital de la ciudad.

Pero en el pueblo nadie quiso escuchar razones. Seguían murmurando: “Es un monstruo, un castigo de Dios.” Me hervía la sangre de escuchar tanto fanatismo, tanta ignorancia. Yo, que apenas aprendía a ser médico, me enfrentaba más a supersticiones que a diagnósticos.

Ese mismo día, la fiebre me alcanzó. Empezó con la garganta irritada, la voz apagándose hasta quedar en un hilo: laringitis. Después vino el calor sofocante, los escalofríos y un dolor que me partía en dos. Caí en la cama y soñé. Soñé que en los llanos desérticos se levantaban gigantes de barro, monstruos de adobe que avanzaban con pasos pesados, como los molinos que enfrentaba Don Quijote. Sobre mí, el cielo era rojo, y poco a poco se cubría de nubes negras atravesadas por relámpagos. Entonces, entre los truenos, escuché otra vez aquel llanto agudo, extraño, como un aullido de gato perdido en la tormenta.

Me despertó un golpe seco en la puerta. Era Basilio, el encargado de la ambulancia, con su voz grave:

—Doctor, hay que ir con el Ministerio Público... tenemos que levantar un cuerpo. Basilio siempre me pareció un ave de mal agüero. No por maldad, sino porque cada vez que lo veía aparecer, venía cargando desgracias. Como aquella vez en la carretera, cuando fuimos a atender un accidente múltiple.

El asfalto era un caos de fierros retorcidos, vidrios esparcidos y polvo todavía en el aire. Los gritos de los sobrevivientes se mezclaban con el llanto de un bebé de apenas ocho meses. Estaba asustado, con algunos raspones en la frente y las manos, pero vivo, berreando con fuerza, como si se aferrara a la vida con cada grito.

A un lado, su madre sangraba del oído y murmuraba incoherencias, señal clara de un traumatismo craneoencefálico. No muy lejos, entre los restos de metal, una muchacha de apenas diecisiete años jadeaba con dificultad. Su piel estaba pálida, el pulso apenas perceptible. Ella era la que se me iba, la que tenía la muerte rozándole los labios.

La ambulancia solo tenía espacio para un paciente. Me quedé helado, con el corazón martillándome en el pecho. ¿A quién debía llevar? ¿A la muchacha que agonizaba? ¿A la madre con el cráneo comprometido? ¿Al bebé, que podía empeorar si lo dejaba solo en la escena? Mi mente era un torbellino de miedo y responsabilidad, como si en mis manos tuviera que decidir quién vivía y quién moría.

Le grité a Basilio que pidiera refuerzos. Él habló por radio, con esa voz de siempre, seca, como si anunciara el clima. La respuesta fue un mazazo: las otras ambulancias estaban ocupadas, tardarían al menos una hora. El aire se me hizo más pesado que el humo del choque.

Entonces no lo pensé más. Empujé mis dudas al fondo del estómago y actué. En mi desesperación, cargué a la muchacha, a la madre y al bebé. Los metí a la ambulancia como pude, rompiendo las reglas, quebrando la lógica del espacio. No había lugar, pero el dolor no entiende de protocolos. La sirena se encendió y nos lanzamos a la carretera con un pedazo de muerte y un pedazo de vida balanceándose en la parte trasera.

La ambulancia rugía en la carretera, la sirena abriéndose paso como un lamento metálico. Yo iba en la parte trasera, con las manos clavadas en el pecho de la muchacha de diecisiete años, empujando una y otra vez en un RCP que me drenaba las fuerzas. Cada compresión era un grito mudo en mi interior: no te vayas, no te vayas todavía. A mi lado, la madre del bebé deliraba, decía incoherencias mientras la sangre le bajaba por la oreja. El niño berreaba con una fuerza que llenaba todo el espacio, como si quisiera recordarnos que él sí quería vivir.

El sudor me corría por la frente, pero mis manos no paraban. El miedo me tenía helado por dentro, la ansiedad me ahogaba, y aun así seguía empujando, contando, respirando en ella, tratando de arrancarla de las garras de la muerte. Basilio conducía sin perder la calma, como si llevara costales de maíz y no tres vidas pendiendo de un hilo.

A unos metros del hospital lo supe. No había más qué hacer. Sentí el silencio en su cuerpo, la inmovilidad total. La declaré muerta allí mismo, a segundos de la meta. Me quedé con un vacío en el pecho, mientras afuera se alzaba el letrero azul con la cruz del hospital, burlándose de mí.

El regreso fue un contraste brutal. Yo iba en silencio, con la mirada fija en mis propias manos, sintiendo todavía el peso de aquella muchacha muerta. Basilio, en cambio, parecía el mismo de siempre. Se acomodó la eterna cachucha sobre su cabeza, resopló y dijo con naturalidad:

—Doctor, vamos por un café.

No entendía cómo podía hablar de café después de lo que habíamos vivido. Pero lo seguí. Entramos a un lugar junto a una base de tráileres, iluminado con focos desnudos. Detrás del mostrador estaba Doña Petra, una mujer grande, de mirada astuta y sonrisa torcida. Nos sirvió café que sabía a ceniza, espeso y amargo, como si hubiera sido hervido mil veces en la misma olla ennegrecida.

El lugar estaba lleno de frascos de vidrio con cosas extrañas: chiles secos, hierbas desconocidas, frutas en almíbar y hasta líquidos turbios que parecían aguardiente. Aquello no era una fonda cualquiera. Pronto entendí lo que ese sitio era en realidad. No era una simple parada de camioneros, sino el prostíbulo más viejo de la carretera, y Doña Petra no era mesera ni cocinera, sino la madrota del pueblo.

Su voz ronca imponía respeto, y las muchachas que entraban y salían la miraban como si fuera su madre. Esa fue la primera vez que la vi: en medio de la muerte, del café que sabía a ceniza y de aquel cuarto repleto de frascos como un altar raro, mezcla de cocina y santuario profano.

Pasada una hora, Doña Petra, con esa voz rasposa que llenaba el cuarto como humo, me dijo:

—Quédese, doctor. Aquí siempre hay un catre disponible.

Yo no supe qué responder. Basilio, adelantándose con una carcajada áspera, contestó por mí:

—¿Qué pasó, doña? Luego van a decir que el médico se queda aquí con ustedes... y con unas muchachonas.

Las carcajadas de Basilio chocaron contra el silencio que yo cargaba. Solo atiné a preguntar con la voz baja, casi suplicando:

—¿Tiene baño, doña? ¿Alguna regadera? Necesito limpiarme.

Ella asintió con la cabeza y me indicó un pasillo estrecho, lleno de puertas con cortinas raídas. Caminé como un fantasma hasta la regadera. El agua cayó tibia, sucia al principio, y ahí, bajo el chorro, me derrumbé. Sentía mis manos manchadas, como si hubiera asesinado a alguien. El pecho me ardía. Lloré por la muchacha que se me había ido entre los dedos, por el bebé que lloraba en la carretera, por la madre sangrando y delirando, por el peso insoportable de haber decidido a quién cargar y a quién dejar atrás. Lloré como si quisiera lavarme no solo el cuerpo, sino también la conciencia.

En la cafetería improvisada de Doña Petra había una foto enmarcada, colgada en la pared. Era una imagen en blanco y negro, dos mujeres jóvenes con traje de baño, sentadas en la orilla de un río, con los pies hundidos en el agua. Me acerqué y le pregunté:

—¿Y estas mujeres quiénes son?

Doña Petra entrecerró los ojos, como si el recuerdo le pesara. Dio una larga calada a su cigarro y luego respondió con voz grave:

—Esta soy yo —dijo señalando la de la izquierda—. Y esta de acá es Ivonne, la mamá de la Güera.

Se quedó un momento en silencio, como si el pasado se le atorara en la garganta. Después continuó:

—Ese fue un verano bravo, hacía un calor que rajaba la tierra. Nos metimos al río para refrescarnos. El esposo de Ivonne tomó la fotografía. Mira qué guapas estábamos, ¿a poco no?

Yo observé de nuevo la imagen. Petra, en su juventud, era una mujer hermosa, de mirada desafiante. Ivonne, en cambio, tenía un aire dulce, casi frágil. Ninguna parecía pertenecer al mundo en el que terminaron.

Petra encendió otro cigarro y siguió contando:

—Ivonne era distinta, más inocente que todas nosotras. Pero la vida no perdona, doctor. La Güera nació aquí, entre estas paredes. Desde chiquita jugaba en el patio con un jueguito de té que un camionero le regaló a su madre. Se pasaba horas sirviendo agua en esas tacitas de plástico despostilladas. Una vez encontró en la tierra una de esas carteras de plástico para hacer hielos. La llenó de agua y la puso en la sombra, convencida de que ahí se harían cubos, porque a ella la sombra le daba miedo... creía que dentro de la sombra pasaban cosas que uno no debía ver.

Petra soltó una risita breve, pero sus ojos seguían serios.

—Tenía unos ojos azules muy bonitos, doctor. Por eso cuando creció, todos se le quedaban viendo. Pero de niña... de niña se la pasaba llena de piojos, porque no se quería bañar. Yo misma la llevaba al servicio médico del pueblo a pedir champú para piojos y unas pastillas. Hasta se me quedó el olor en la memoria: entre vinagre y eucalipto.

Hizo una pausa, larga, y miró hacia la foto otra vez.

—Su madre, Ivonne... un día se cansó. La Güera tenía apenas cuatro años cuando la vi subirse a un tráiler. Ni se despidió. Nunca volvió. Y la niña se quedó aquí conmigo. ¿Qué más iba a hacer?

Doña Petra apagó la voz, como si hablara para sí misma:

—A veces Dios es una niña caprichosa que le gusta olvidar a sus muñecas en el patio.

La primera vez que Basilio fue a buscarme no se trataba de un accidente en la carretera ni de un pleito sangriento en la cantina. Tocó la puerta con sus nudillos duros, con la misma seriedad de siempre, y dijo:

—Doctor, venga, hay un hombre que ya se nos está yendo.

Para llegar a ese rancho en las orillas de Adobe tuve que atravesar caminos polvorientos, cruzando por los pueblos de Puerto Pastores. No había carretera hasta allá. Me prestaron un caballo y lo monté con torpeza, con la bata médica colgando como una sábana mal puesta. El sol quemaba la nuca y yo iba pensando que quizá la medicina no estaba hecha para esos caminos. Al llegar me recibió la hija del enfermo, una mujer que vivía en Estados Unidos y había regresado porque le habían dicho que su padre no pasaría de tres días. Me habló con rabia contenida:

—Lo llevé con el médico particular del pueblo. Dice que cura a la gente por Internet. En pleno 2006, doctor... y todos le creen.

Era un fraude, un charlatán jugando con la desesperación de la gente.

Entré a la habitación. El aire estaba espeso, con un olor penetrante a orina que quemaba la nariz.

El anciano deliraba en su cama, sudando, hablando con fantasmas. Revisé y supe lo que era: una infección de vías urinarias. Tan simple, tan común, pero que en ese lugar sonaba como sentencia.

—Nadie es Dios para decidir cuándo alguien va a morir —le dije a la hija—. Pero a su padre lo que le hace falta no es un milagro, sino un antibiótico.

Se lo apliqué. El hombre se levantó a tomar agua desesperado como un caballo sediento que regresó a casa, entre la incredulidad de sus familiares. Volvió a sonreír con esa boca sin dientes que parecía la de un niño viejo.

Unos días después, la hija vino a buscarme otra vez, esta vez con una sonrisa cansada. Me agradeció con lágrimas en los ojos:

—Mi papá está bien, doctor... está comiendo. Y me contó más historias de mi mamá, cosas que pensé que ya nunca iba a escuchar. Gracias.

Al poco tiempo regresó a Estados Unidos, pero ya no pudo volver. Los papeles migratorios no se lo permitieron. Y así pasaron los meses.

Cuando me volvieron a llamar para ver al anciano, yo ya no era el mismo. El servicio social me había desgastado con cada tragedia, cada injusticia, cada muerte que me tocaba atestiguar.

El hombre estaba otra vez en su cama, pero esta vez la enfermedad era más fuerte que cualquier antibiótico. La familia me preguntó con la misma esperanza de antes:

—Doctor, ¿cree que se mejore como la vez pasada?

Yo bajé la mirada. Sentí el peso de las palabras antes de pronunciarlas:

—No. Probablemente no pase de esta noche. Y esa noche se murió.

Me quedé con la culpa enterrada en el pecho. Como si yo lo hubiera sentenciado. Como si mis palabras hubieran abierto la puerta a la muerte. Pensé que nadie es Dios, que nunca lo seríamos... y, sin embargo, en ese momento, parecía tener esos poderes. Decirlo era decretarlo. Y esa carga no me dejó dormir durante mucho tiempo.

La hija, que no podía volver, mandó un encargo extraño: quería que todo el funeral se grabara en video. Manuelito, el conserje del servicio médico, consiguió una vieja videograbadora que había comprado a un policía federal. Ese policía la había recogido en un accidente en carretera, entre los restos de un coche donde varias personas murieron. Como solían hacerlo, se había robado las cosas de los muertos y después las revendía.

Cuando Manuelito probó la cámara, descubrió que todavía traía grabado un casete viejo. Eran escenas de la Ciudad de México: turistas en el Ángel de la Independencia, familias paseando en la Feria de Chapultepec, voces alegres, colores vivos. Todo eso quedó sepultado cuando Manuelito grabó encima el funeral en Adobe.

Ese día se presentó la Güera, vestida de negro, con sus tres hijas y un bebé en brazos. El ambiente ya era pesado, cargado de rezos y humo de veladoras. Pero cuando el bebé rompió a llorar, el llanto fue tan extraño, tan agudo y descompuesto, que todos se miraron con espanto. En segundos, el rumor del “monstruo” volvió a recorrer el cuarto. Varias mujeres se persignaron, y algunos hombres salieron corriendo despavoridos, como si hubieran escuchado al mismo demonio.

Manuelito siguió grabando. Sobre las imágenes de los difuntos paseando por el Ángel y de Chapultepec, quedó registrado aquel velorio deshecho por un llanto que heló la sangre del pueblo entero.

Yo nunca quise ver esa cinta. Temía escucharme a mí mismo, repitiendo en silencio que esa noche se moría.

Pasó un tiempo antes de volver a ver a Doña Petra, dejó de presentarse improvisadamente a solicitar condones y una tarde a punto de cerrar el centro de salud, dos de las muchachas del burdel me buscaron con cara de miedo.

—Doctor, venga... Doña Petra no para de beber. Ya lleva días tomando y metiéndose pastillas para no dormir.

Fui hasta la cafetería improvisada. La encontré hundida en una silla, el vaso de plástico a medio llenar, la botella temblando entre sus manos. Las uñas rotas, pintadas de un rojo oscuro descascarado, golpeaban contra la mesa como si marcaran un ritmo secreto. El aire apestaba a alcohol viejo y sudor.

—No me hagas hablar de mi vida, doctor —dijo sin mirarme, con la voz hecha trizas—. Si bebo es para olvidar.

Tomó un trago largo, tosió y soltó una carcajada amarga que se quebró de inmediato en un llanto sin compasión por sí misma.

—Yo fui la que se la vendió al Barbas... a la Güera. Tenía apenas catorce, quince años. Y yo la entregué como si fuera ganado.

Clavó las uñas descascaradas en la mesa, dejando surcos en la madera húmeda.

—Necesitaba el dinero, carajo. ¿Qué otra salida tenía? Aquí nadie ayuda a nadie. Pero si Ivonne no se hubiera subido a ese tráiler maldito, si no hubiera desaparecido como una cobarde... nada de esto habría pasado. Nos dejó a todas con el corazón roto. A su hija, a mí, a todos. Y yo me quedé con la culpa, como un perro con un hueso podrido entre los dientes.

La voz se le endureció en la garganta, ya no era llanto, era veneno.

—Así es este pinche mundo, doctor: uno vende lo que puede, y lo que más duele es que a veces lo que tienes que vender es lo único que deberías cuidar.

Afuera, la noche parecía aguantar la respiración. Adentro, las uñas rojas de Petra seguían marcando golpes secos sobre la mesa, como si fueran campanadas de un duelo interminable.

El pueblo estaba recargado sobre una carretera importante, como si todo su destino dependiera del polvo que levantaban los trailers. En las madrugadas, cuando el silencio parecía cubrirlo todo, se escuchaban los motores rugiendo desde lejos. Los trailereros, con exceso de velocidad, pasaban sobre los reductores que anunciaban la entrada al poblado. El golpeteo de las llantas hacía vibrar las ventanas de las casas de adobe y despertaba a los perros, que ladraban al vacío. Era un sonido tan cotidiano que la gente ya no se inmutaba: era la campana que marcaba el inicio de otro día igual que el anterior.

Al amanecer, hombres y mujeres repetían la misma rutina de siempre. Los hombres salían rumbo a los campos de papa, porque allá en esa zona se cultivaba mucho ese tubérculo, y el trabajo en la tierra era lo único seguro que quedaba. Las señoras, por su parte, barrían las banquetas y echaban agua para que el polvo no se levantara. Sabían que en unas horas todo volvería a cubrirse de tierra, pero aun así lo hacían, como un gesto contra el olvido. Muchos padres llevaban a sus hijos a las pequeñas escuelas, esas construcciones frágiles que parecían sostenerse solo por la voluntad de las maestras.

Las maestras eran jovencitas, casi niñas todavía, enviadas ahí para hacer su servicio social. Les tocaba ver, con una tristeza resignada, cómo llegaban los alumnos. Niños pobres, algunos descalzos, otros con los zapatos rotos, todos con hambre. La mayoría no había desayunado, ni cenado la noche anterior. Habían comido apenas una tortilla, o tal vez nada.

Yo los miraba y me parecían como esas latas oxidadas que uno encuentra tiradas en la carretera. Las levantas y debajo se mueven unos grillos pequeñitos, tratando de escapar de la sombra, buscando un poco de luz. Así eran ellos: grillitos debajo de una lata vieja, débiles, invisibles, condenados a crecer sin esperanzas.

Cuando un avión o un helicóptero cruzaba el cielo, los niños salían corriendo de los salones, riendo y señalando hacia arriba. Las maestras no decían nada; ya sabían que esa era su única diversión, la única interrupción luminosa en medio de tanta pobreza. Parecía que al mirar hacia arriba pedían ayuda al cielo, como si esperaran que Dios bajara en esas máquinas para rescatarlos. Pero la ayuda nunca llegaba.

El pueblo entero tenía ese aire de abandono, como si estuviera atrapado entre la carretera y el polvo, sin salida, esperando siempre lo mismo: el rugido de los trailers en la madrugada y el rumor de las desgracias que nunca faltaban.

El Barbas salía desde antes de que amaneciera. Esa mañana tenía una entrega especial de adobes y se fue más temprano que de costumbre. Fabricaba los adobes quemando llantas viejas, un humo negro que se pegaba en la piel y en los pulmones. Ya se empezaba a prohibir ese método, pero al Barbas no le importaba. Mientras más barato y rápido, mejor.

Él creía que nadie sabía dónde escondía el dinero. Lo guardaba en un doble fondo de una cajonera vieja, convencido de que ese secreto era solo suyo. Pero la Güera siempre lo supo. Desde los años en que vivía bajo el techo de Doña Petra había aprendido a no tocar lo que no era suyo, porque su honestidad la protegía de convertirse en lo mismo que la había marcado. Por eso nunca había tomado nada. Hasta ese día.

El cajón apestaba. Dentro del doble fondo, además del dinero, se amontonaban cucarachas que se escondían entre billetes y recibos viejos.

El Barbas también acostumbraba guardar donas, panes y restos de comida ahí, no para compartirlos, sino para comérselos él solo, escondido, mientras sus hijas pasaban hambre. Era su manera de negarles hasta lo más simple: ocultar el pan como si fuera un tesoro prohibido, como si la miseria también se repartiera con crueldad medida.

La Güera abrió el cajón, apartó las cucarachas con un gesto de asco y tomó el dinero. No era mucho, pero alcanzaba. Se lo entregó a su hija mayor, la que cargaba en brazos al bebé que lloraba como gato.

—Llévalo al hospital de Galeana —le dijo con voz firme—, como el doctor te recomendó.

La hija la miró, con los ojos llenos de duda y miedo.

—¿Y tú no nos vas a acompañar?

La Güera acarició la frente sudada del bebé y luego abrazó a sus hijas, una por una.

—No. Yo me voy a quedar. Si voy con ustedes, no llegamos. Necesitan ganar tiempo... y yo voy a distraer al Barbas. Cuando lleguen al hospital, vayan a la policía, levanta una denuncia por lo que te hizo tu papá, y que lo encierren de una vez por todas.

Se quedó en silencio unos segundos, temblando por dentro pero con la mirada dura, casi fría.

—Cuida al bebé. Cuida a tus hermanitas. No dejes que vivan el mismo infierno que yo viví.

Las niñas la miraban con miedo, sin comprender del todo. La hija mayor asintió con lágrimas en los ojos, apretando al bebé contra su pecho. La Güera supo que tal vez no volvería a verlas, pero también supo que ya no había vuelta atrás.

El Barbas regresaba al pueblo en su camioneta vieja y oxidada, cargada de adobes. En el camino comenzó a chispear, y tuvo que prender los parabrisas. Solo uno funcionaba, dejando el vidrio manchado de lodo y agua, casi imposible de ver. Maldijo en voz alta, golpeando el tablero, pero siguió conduciendo. Tenía prisa: esa tarde jugaba el América contra el San Luis, y él nunca se perdía un partido.

Para él, el fútbol era lo único sagrado: sentarse frente al televisor con la cena lista, unas botanas y cervezas frías, sin que nadie lo molestara.

Al llegar, notó algo extraño. La casa estaba demasiado callada. Se bajó de la camioneta, tirando la puerta de golpe, y entró. Encontró a la Güera de pie junto al fregadero, lavando platos con calma. Ni botanas, ni cerveza, ni ruido de niñas corriendo. El silencio le caló hondo.

—¿Ya está hecha la cena? —preguntó con esa voz seca que ya anunciaba violencia.

La Güera volteó apenas, con la mirada dura.

—No hay dinero para hacer la cena.

El Barbas frunció el ceño y, con un presentimiento agrio, se fue directo a los cuartos. Abrió puertas de golpe, levantó cobijas, pateó cajas, corrió cortinas. Llamó a las niñas por su nombre, primero en voz alta, luego ya casi escupiendo. No estaban. Regresó a la cocina con la furia hirviéndole en la cara.

Cacheteó a su mujer con fuerza.

—¡Idiota! Tú me perteneces. A ti te vendieron en un burdel porque ya no sabían qué hacer contigo desde que tu madre te abandonó. Más vale que hagas caso y vayas a recoger a tus hijas. Y más te vale traerlas de vuelta antes de que se acabe el partido del América... o van a pagar todas las consecuencias. ¡Y prepárame la cena de una vez!

Pero esta vez, la Güera no agachó la cabeza. Temblando de rabia, sacó un cuchillo escondido en su ropa y se lo hundió a un lado de las costillas. La sangre oscura brotó al instante.

—Esa va a ser tu única cena —escupió con odio contenido.

Intentó correr hacia la puerta, pero el Barbas la alcanzó, le agarró la pierna y la tiró al suelo. Le dio otra bofetada brutal que la dejó viendo luces, y se arrastró hacia el mueble donde siempre guardaba su pistola. Abrió los cajones, desesperado.

—¿Dónde está? ¿Dónde está la pistola?

La Güera, jadeando en el suelo, ya la tenía en sus manos: la había sacado previamente junto con el dinero. La apuntó con torpeza, apretó el gatillo y el disparo le desgarró el hombro al Barbas. Gritó como bestia herida. Ella volvió a jalar el gatillo, pero el arma se atascó. Con furia, se la lanzó a la cara.

El Barbas, sangrando, se abalanzó sobre ella. Rodaron por el suelo, mordiéndose, golpeándose, arrastrando sillas y platos. Afuera la lluvia caía con más fuerza, y el agua empezó a filtrarse por el techo, goteando sobre la mesa.

Ella volvió a tomar el cuchillo de cocina, el mismo con el que lo había herido antes, y lo clavó una y otra vez en sus brazos y en su costado. El Barbas rugía, cada vez más débil, hasta que consiguió atraparla con ambas manos y comenzó a ahorcarla. Su respiración era un silbido agónico.

—Nunca debiste hacer esto —dijo con voz ronca—. Yo siempre te di lo mejor. Yo te di una casa. Yo te di una familia.

La Güera, con las manos temblorosas, levantó el cuchillo y se lo enterró varias veces en la espalda. El Barbas la soltó con un gruñido seco. Forcejeando, rodaron hasta salir por la puerta, cayendo al exterior bajo la lluvia torrencial. El barro y la sangre se mezclaban, tiñendo el patio como un lodazal maldito.

La Güera, empapada, tomó otra vez la pistola, le quitó el seguro y lo encañonó.

—Ya no volverás a hacerme daño ni a mí, ni a mis hijas —dijo con la voz rota pero firme.

El Barbas, tambaleante, con la camisa hecha jirones, dio un par de pasos torpes y se quedó balanceándose al borde del encharcado. Ella apretó los dientes y disparó. La bala le atravesó el pecho. El Barbas permaneció inmóvil unos segundos y luego se desplomó en el barro.

La Güera, llena de golpes, sangrando y sin aliento, salió cojeando hasta la carretera. Levantó el brazo con desesperación, buscando que algún coche o tráiler se detuviera. Quería llegar a Galeana, quería llegar a sus hijas, aunque la vida entera se le estuviera yendo entre la tormenta.

La lluvia no había parado cuando Basilio y yo llegamos. El patio estaba convertido en un lodazal, y en medio de ese adobe oscuro estaba el cuerpo del Barbas. Alrededor, como siempre, ya estaban el Ministerio Público y su inseparable compadre, el comisario ejidal. Los dos observaban la escena en silencio, fumando bajo el aguacero como si aquello no fuera nada nuevo para ellos.

El Ministerio Público, hombre de costumbre rígida, ya preparaba su libreta. Todos sabíamos lo que iba a escribir: “el cuerpo se encontraba en posición de cúbito supino”. Lo anotaba siempre, sin importar si los muertos estaban boca abajo, de lado, colgando de un árbol o enredados en un coche volteado. Para él, todos terminaban igual: de cúbito supino. Cuando nos acercamos, el Barbas no estaba muerto del todo. Sus ojos se abrían apenas, empañados por el agua y el dolor.

Tenía heridas profundas en el costado, la espalda y los brazos, tajos que habían abierto la carne hasta dejarla colgando en jirones. Cada respiración suya se acompañaba de un burbujeo de sangre en el pecho, como si estuviera ahogándose desde dentro.

La sangre se mezclaba con el adobe, formando una masa viscosa, espesa, como lo que derraman las cucarachas aplastadas. Su brazo derecho temblaba, haciendo un movimiento débil, casi como un último intento por aferrarse a la vida.

Basilio me miró, esperando que yo diera la orden. Yo, tragando saliva, le pregunté al Ministerio Público:

—¿Lo llevamos ya al hospital?

El funcionario levantó la vista con una calma seca, encogiéndose de hombros.

—No. Que muera peor que un perro. Ese hombre no merece otra cosa.

El Barbas respiraba con un silbido ronco, mientras la lluvia golpeaba su rostro y arrastraba su sangre hacia el suelo, como si el adobe mismo lo estuviera devorando.

Basilio bajó la camilla de la ambulancia. Yo solo pensaba en lo que nos iba a costar quitar el adobe de ahí dentro y de las llantas.

El observador miró de nuevo el piso. La cucaracha seguía ahí, aplastada, con las antenas rotas y la viscosidad de sus entrañas mezclada con el polvo de la cocina. Con desgano tomó la escoba y el recogedor, la levantó del suelo y la arrojó al bote de basura.

En la televisión, justo después de la noticia de la Güera, apareció el Presidente de la República. Sonreía, de traje oscuro y corbata azul. Con voz solemne decía que gracias a los programas de responsabilidad social del gobierno, muchas familias se habían beneficiado y que esos apoyos seguirían incrementándose. Añadió también que se mejorarían los centros de salud rurales, dotándolos de más ambulancias.

La pantalla brillaba con promesas, mientras en el bote de basura la cucaracha dejaba su último rastro viscoso.



DWARF
WORKS